

VIII

Desventura de Cándida en la poza

Desventuradamente para Cándida sus previsiones se cumplieron. Todo ocurrió de modo tan violento y salvaje que ella, asustada, apenas tuvo tiempo de encomendarse fugazmente a la Virgen mientras se daba cuenta de que Felipe, como un perro de presa, la violaba de manera brutal. Gracias a Dios que el acto obsceno tuvo lugar cuando ya ella se había desvanecido de manera que sólo sospechó algo del hecho al volver en sí.

Cándida prefirió silenciar su ruin deshonor. Tal oprobio nadie debía saberlo. Menos aún mi padre. Con lo volado que es, seguramente sería capaz de asesinar a Felipe. Ni eso podría lavar la mancha ni suavizar la ofensa ni ablandar el rencor.

A pesar de que Hipólito vestía su rigurosa sotana, Cándida había insistido en visitar el taller. Sabía que muchos curas, enamorados, cuelgan sus hábitos. Les importa un comino lo que opine la Curia y contraen nupcias, pero al ser ultrajada por Felipe sentía vergüenza de hallarse frente a Hipólito.

Por ciertos comentarios que le oyó a Chon Candela, Cándida supo que Felipe se había esfumado sin dejar huella ni despedirse, pero que a fuerza de indagar y al cabo de atinadas pesquisas se había sabido que Felipe deambulaba embarcado con los buzos de San Miguel.

Sin olvidar sus nuevos deberes, Hipólito no abandonó el taller y, a pesar de la ausencia de Felipe, cada día bregaba con la garlopa y el martillo. Vistiendo su sotana visitaba diariamente a las tías de Cándida quienes estaban indecisas entre sentirse resentidas o halagadas. Cada una de ellas analizaba de manera distinta los designios de Dios. En lo que estaban muy de acuerdo las tres era en el hecho de que las ilusiones perdidas renacían

con la fe y, en efecto, era un gran triunfo para la isla el hallazgo de un hombre como Hipólito pues era el párroco perfecto.

En los primeros días de su azarosa aventura, Cándida prefirió esconderse. Fingióse enferma. Se encerró en su recámara y, procurando que nadie se enterara, lloraba con el rostro hundido en la almohada, pero haciendo de tripas corazón, según el dicho habitual de la tía Lola, recibió a las amigas, superó el malestar y reinició sus faenas escolares. De pronto se dio cuenta de que sus regulares funciones femeninas entorpecían su ritmo habitual y en la inútil espera de esa eclosión sintió el impacto de una fatal verdad inevitable. Estaba encinta e iba a tener un hijo de Felipe. Todas sus fibras se erizaron como dispuestas a luchar contra algo injusto. La semilla indeseada debía ser de inmediato desarraigada. Recordó que durante los muy felices años de su internado en la Normal oyó a sus compañeras de dormitorio las diversas argucias de que se valen las mujeres para reconciliarse con su cíclica epifanía sanguínea.

Resolvió a todo trance provocar el aborto y evitar el escándalo. De modo que, a escondidas de las tías, bebió tisanas de borraja. Con mil dificultades, se dio baños calientes de asentadera, pero todo fue inútil, pues ya era tarde. Si mi papá se entera de que Felipe me ha preñado va a armarme un gran bochinche y es muy capaz de hacer un despropósito. ¿Qué hago, Dios mío, qué invento? No se atrevía a confiarle a nadie su angustia. Bien sabía que Balbina y aun Faustina eran expertas en abortos, pero ellas no eran gente discreta sino al contrario deslenguadas. Ya les había escuchado referencias de Zutana y Mengana. Con ellas, ni pensarlo.

Cuando empezó a sentir las primeras molestias indicadoras del proceso genésico se pasaba las noches sin dormir imaginando lo que podría ocurrirle: primero, el juicio inquisitivo de las tías ¿quién fue el canalla?; después, la sofoquina, las groserías del Ñopo, rediez me cago en Dios; los comentarios y las habladuras de la gente; tendría que renunciar a la escuela; irse de la isla; para colmo de males, el idiota de Hipólito se había salido con un domingo siete. Bueno, de todos modos, siendo ahora sacerdote, podría ampararla, aconsejarla; pero, no, qué vergüenza; ni oculta tras las rejas del discreto confesonario se atrevería a decírselo. De ninguna manera. No se sentía con el valor suficiente como para enterar al nuevo cura de su ignominia. Desde que el padre Brito se había ausentado, Hipólito, vestido con sotana o revestido de ornamentos curiales, se había hecho cargo de la parroquia. Pensaba en él y lo veía tan místico, tan santo, tan pulcro, tan

dedicado a la vida espiritual y a la ética cristiana, que lo sentía lejano, inaferrable e inasible como Jesús en el instante en que le dijo a la Magdalena **noli me tangere**. Si él no puede ayudarme, ¿qué debo hacer? Ampárame, María Auxiliadora.

Cuando lograba conciliar el sueño, tenía terribles pesadillas de las que despertaba empavorecida y sudorosa. Tal vez sólo en **artículo mortis** tendría el coraje de confesarle a Hipólito su desventura. El secreto de la confesión es sagrado. En la conciencia del padre Hipólito el oprobio de Cándida quedaría sepultado con más seguridad que en una tumba. La única solución entonces era morir. ¿De qué manera? Comenzó a elucubrar diversos tipos de suicidio. Si el percance fatídico le ocurrió porque al bañarse sola en la gran poza, de modo desusual, estuvo casi como en un tris de ahogarse, lo adecuado sería intentar la prueba con el firme propósito de dejarse morir. Se veía entre las aguas luchando con la asfixia y de inmediato la piel se le erizaba y el corazón aceleraba sus latidos presa del pánico. ¿Sería capaz de hacerlo? Siempre me he defendido diestramente en el agua no sólo en competencias difíciles sino también en ejercicios de natación y de buceo. Corrí el grave peligro de perecer sólo porque al notar que Felipe me aguitaba desnuda se me enredó en los brazos el camión y caí al agua; los nervios me atacaron; me dio calambre en ambas piernas y hasta perdí el sentido. De no haber ocurrido tan imprevistas circunstancias jamás hubiera estado a punto de ahogarme. Por eso estoy segura de que nunca tendría el valor de mantenerme inactiva dentro del agua hasta el instante de la total inercia. Pensó que un buen recurso sería arrojarse del muelle durante la pleamar y de noche para que nadie le prestara auxilio. Dalila, que era una buena nadadora, murió tal vez golpeada por el aguaje. Los tiburones se encargarían de repartirse mi carne como buenos hermanos. Sería un nuevo milagro de los peces pero a la inversa. No quiero ni pensar en mi tío Néstor y en Débora. Qué horror. Dicen que el mar se puso rojo como cuando mataron a Gancho Hermoso. Además, desde que las fragatas gringas se alejaron de esta isla es bien sabido que los voraces escualos polinesios prefirieron seguir tras su nutricia y rica estela. No tendré la esperanza de metamorfosearme en tintorera. Un disparo en la sien o en el pecho. Las sábanas manchadas de sangre. Mis bellas sábanas de Holanda. Yo misma les marqué mis iniciales. Además, desde la última campaña política la guardia recogió de casa en casa todas las armas que había en la isla. Ya no recuerdo bien si eso ocurrió mucho antes de la guerra de Coto o cuando los gringos invadieron la isla. No sé por qué motivo no se llevaron esos viejos cañones coloniales que hay en diversos sitios del pueblo. La única tercerola de que tengo

noticias que existe hoy escondida me parece que es la de Papa Chente. (Chinino se la metió en la boca y ¡Dios me salve!). La usa para cazar palomas con cartuchos de regadera. Ahora siempre la carga con perdigones contra un posible abuso de los gringos. Un tiro con esa arma sería fatal. Perforaría mi piel. Todo mi cuerpo lleno de agujeritos como una coladera. Vengan, señoras. Una nueva manera de colar el chicheme. Más bien sería una espléndida y expedita técnica abortiva. Muere la madre y muere el feto. Demasiado espectacular. Menos escandalosa sería la muerte por envenenamiento. Pobre Cándida, equivocadamente bebió arsénico creyendo que eran polvos para dormir. El padre Hipólito oficiaría la misa de réquiem compungido. Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad. No hay duda de que Cándida irá al cielo, diría la gente sin conocer la realidad. Sé bien que los suicidas no alcanzan la piedad del Señor. Nopis, diría San Pedro. Una temporadita entre las ánimas benditas del Purgatorio no te caerá del todo mal. Si después de trasegar el veneno llamo a Hipólito y le confieso mi culpa, tal vez me libro por chiripa del fuego eterno. Lo lamento, San Pedro. Traigo salvoconducto.

Cándida recordó que en la botica del tío Plácido había visto unos tarros con etiquetas que decían calomel o arsénico o cianuro. A veces ella visitaba a las tías. La Niña Clo y la Niña Chenta, aprovechando que Cándida sabía atenderles la farmacia sin fiarle a nadie, la dejaban cuidando y se iban rápido a echarse su manito de rezos a la iglesia.

Fue. Consiguió el arsénico. Bebió una dosis fuerte. Lo hizo después de estar segura de que no habría testigos en la casa. Logró que una niñita fuera a llamar al padre Hipólito con señales de urgencia. Luego, ajustó la puerta y, preparando su ánimo para morir en paz, se echó en la cama.

Muy sorprendido por el mensaje recibido, el padre Hipólito le preguntó a la niña qué novedad había. ¿Por qué motivo lo requerían así?

—¿Qué tiene Cándida?

—Creo que está muy enferma.

—Vete enseguida a casa de Ladera y dile que venga.

Mientras la niña ejecutaba el mandado, entró a la casa. Vio a Cándida muy pálida, con los ojos cerrados, con toda la apariencia de una persona muerta.

Ella, deshecha en llanto, le contó la violación de que fue víctima de parte de Felipe. Sabe que ahora está encinta y, más aún, que el Ñopo no querrá transigir, ni ella tampoco quiere casarse con Felipe. No siempre se consigue lo que se sueña, pues el hombre con quien habría deseado casarme me lo robó la Iglesia. Se atreve a confesarle intimidades porque ahora se halla a un paso de la muerte. Ama a Hipólito. Su mejor ilusión habría sido unirse a él como lo manda la Santa Madre Iglesia, pero precisamente fue la Curia quien se interpuso entre ambos. El destino y el cielo dispusieron las cosas de esa manera. La única esperanza que a ella le resta es que él, Hipólito, después que ella haya muerto, rece por su perpetua salvación. Ella no habría tenido la audacia de confesarle su ignominia si no se hallara en trance agónico. Únicamente había querido salvar a su familia del deshonor. Jamás hubiera imaginado que Felipe fuera capaz de cometer con ella tal villanía. Según solía ella hacerlo, fue a bañarse a la poza a la hora meridiana que es cuando se halla solitaria. Mi excesivo pudor no me permite desnudarme ni frente a otras mujeres. En el instante en que iba a endosar el camison, vi que Felipe me aguitaba parapetado tras las frondas de un papo. Entontecida por el desasosiego, trastabillé, retrocedí, caí, me hundí en el agua; la tela húmeda del camison me ató los brazos y se adhirió a mi cara; me impedía respirar y aun el intento de mantenerme a flote. Logré ver que Felipe se echó al agua desnudo. En ese instante, no sé por qué milagro, liberé un brazo y, enloquecida de pavor, prensé su cuello con tal anhelo de vivir que, para defenderse, no tuvo más remedio que golpearme, motivo por el cual perdí el sentido. Creo que sufrí un colapso nervioso. Cuando mucho después me recobré, tuve enseguida la plena convicción de que Felipe me había violado. Soy inocente. Que Dios me salve si, al atentar contra mi vida, he pecado, pero no tuve más remedio que envenenarme. Tomé unos polvos, no sé si arsénico o cianuro, que robé en la farmacia de tío Plácido

Hipólito, aún sabiendo que Ladera no tardaría en llegar, se volvió un lío de nervios, se le aflojó la voz y todo trémulo, con angustias de llanto y acariciando a Cándida con la más tierna dulcedumbre, lamentábase de su maldita timidez debida acaso a su carácter pueril.

—Eres tan pura como tu nombre. Fueron precisamente tu prudencia y candor las dos vallas que me impidieron darme cuenta de que me amabas, de lo contrario te habría manifestado mis sentimientos. Espero que don Plácido venga cuanto antes y te salve, pero si has intentado suicidarte creo que no sólo ha sido por lo que llamas tu deshonor sino decepcionada porque

vestí los hábitos. Acepté reemplazar al padre Brito sólo durante el tiempo que él permanezca ausente. Deseo manifestarte que nada de ello constituye un obstáculo puesto que yo aún no me he ordenado de sacerdote. Soy simplemente diácono. Me falta un año probatorio para mis votos absolutos. Vestí los hábitos y me encargué de la parroquia en atención a una imperiosa solicitud de la Curia, pero esto es momentáneo, provisional. Es mientras vuelve de España el padre Brito. Nada me impediría casarme. La grave situación en que te encuentras, quiero decir, tu estado de gravidez, no es un obstáculo contra mis sentimientos, pues mi deber ahora es pedir tu mano. Por el contrario, quiero que seas mi esposa. Casi me considero responsable. Nos casaremos enseguida para evitar murmuraciones.

—Sin embargo, no nos hagamos ilusiones, cuando dé a luz al niño, ¿qué ocurrirá? Todos sabrán que es hijo de Felipe. Además, ya es inútil, es demasiado tarde para que trate usted de consolarme. No debe ya olvidarse de que ingerí un veneno y estoy agonizando. Deme la absolución. No olvide, Padre, que sólo confesé mi deshonor porque sé que me encuentro, como dicen ustedes, en **artículo mortis**. Perdóne mi osadía, mi intolerancia y acaso mi descaro.

Hipólito se asoma al balconcillo. Ve a Plácido que avanza lentamente y le hace señas para que se apresure.

—¿Qué ocurre, Hipólito?

—Ha ingerido un veneno.

—¿Quién? ¿Cándida?

—Entre pronto. Es urgente. Nadie debe saberlo.

Enterado del conflicto de Cándida y de su intento de suicidio, Ladera la examina mientras Hipólito le ruega que la salve pues su propósito es casarse con ella.

Cándida siente bascas pero no puede vomitar y su semblante revela su ansiedad.

Plácido, informado por Hipólito, se entera de que Cándida pudo haber trasegado cianuro o arsénico robado en su farmacia.

—Esos dos frascos no contienen ni cianuro ni arsénico sino polvos inofensivos. Yo preferí cambiarlos porque una vez sorprendí **in frangenti**

a Chinino queriéndome robar algo de ellos con la intención de suicidarse. De todos modos lo hizo a su manera.

Cándida, que ha ingerido un calmante, se va tranquilizando y se duerme.

Hipólito sugiere que sea Plácido quien hable con el Ñopo.

—Mejor, háblele usted. Se va a alegrar; pero no le mencione lo de la gravidez.

—¿Cómo lo sabe? Cándida decidió envenenarse cuando creyó que siendo cura yo no podría casarme con ella.

—Los polvos que ingirió no son la causa que produce esas bascas sino su estado grávido. Yo sé que Cándida se entrevistaba con usted en el taller. Recuerde que Monseñor Medina preñó a Milagro. Nada tiene de malo que usted también se anticipara.

—Le ruego que esto quede entre nosotros. Es preferible que Cándida no sepa que hemos hecho mención de su embarazo.

—Procure hablar lo antes posible con el Ñopo y apresure las bodas, no vaya a suceder que celebremos boda y bautizo juntos.

IX

Un obsceno demiurgo dionisiaco

¿Hacia adónde nos llevan? ¿Cuál ha de ser nuestro destino? No lo sabemos. El vaporcito en el que más de doscientos presos ticos hacemos este viaje luctuoso marcha con calma de tortuga. Las luces encendidas y el ruido del motor me han desvelado. Mis compañeros duermen echados por el suelo, apiñados cual sardinas en lata, rendidos de cansancio. Navegamos por aguas del Pacífico arrullados por suaves ondulaciones. Sopla una brisa fresca y agradable. La batalla de Coto fue un verdadero descabro para nosotros. ¡Bendito sea el Señor! Todo por culpa de Mamita Yuni. ¿Por qué motivo tenía yo que mezclarme en esta guerra de intereses ajenos? ¿Soy de veras un capellán castrense? Me pregunto si, impulsado por mi afán de pureza, debo seguir sufriendo calamidades. Con la catarsis como escudo y el apoyo irrestricto de la Virgen me he limitado a defenderme de la ignominia. Hasta ahora, tal vez por cobardía, no me he atrevido a enfrentarme al dragón como San Jorge. ¿Soy efectivamente un caballero de la fe o un judío errante? ¿Quién me persigue? ¿Quién me persigue? ¿El ángel de Sodoma? ¿Debo al fin someterme a sus dictados? ¿He de luchar con él hasta vencerlo como lo hizo Jacob? Envidio su victoria pues se impuso aun sabiendo que ése era un nuncio del Señor. Tras su mágica controversia carismática pudo aun vanagloriarse de estar vivo, lo cual indica que mi lidia con Dios sería una pura confrontación conmigo mismo. ¿Por qué no he de forjarme mi destino a mi antojo? Cuestión de voluntad. ¿Libre albedrío? Sólo eso. ¿Ser? ¿Existir? Hacerse. No tengo más remedio que decidirme y escoger la pureza aunque para ello sea necesario, como dijo el acólito, liquidar al dragón.

Teodorina y Giovanni (pobrecitos), no ocultaron su júbilo al verme descender del paquebote con mi sotana puesta. Ambos abuelos estaban

convencidos de que yo no los había defraudado. No me atreví a confiarles mi propósito, pero debía llevar a cabo lo última voluntad de **mamma**. Me legó su fortuna para que yo fundara colegios salesianos siguiendo el buen ejemplo de Don Bosco. Me entrevisté con varios cofrades, con las autoridades de la Curia, con ingenieros y arquitectos. Planos y cálculos dieron por resultado la posibilidad de construir únicamente un gran colegio en Puerto Limón. Todo el resto de la enorme fortuna debía invertirse en bienes raíces cuya renta cubriría con creces el costoso mantenimiento de ese único colegio. Su índole salesiana lo haría asumir el cómputo de asignaturas que la orden establece, pero su especialización absoluta tenía que ser, de modo inapelable, la estructura de naves. El formidable edificio junto al puerto fue inaugurado con bombos y platillos, amén de la presencia de las altas autoridades de nuestro mundo oficial y religioso. Preferí no hacer pública la procedencia del legado y aún me negué a informar que se trataba de mi propia fortuna. Simulé que, en contacto con gente de valía, había logrado diversas y cuantiosas donaciones privadas. Tampoco quise ser Director del nuevo establecimiento. Sólo acepté ser profesor y asesor técnico en los asuntos relacionados con la estructura de navíos. La dirección fue conferida a un salesiano, traído de exprofeso al país, que, a simple vista, demostraba ser absolutamente ajeno a la idiosincrasia de los puertos y, desde luego, de la misión específica que se le había encomendado. No hizo muy buenas migas conmigo, pero me respetaba por la fama que yo me había forjado al crear la escuela y acaso por mi imponente aspecto nazareno. Exigí que el primer compromiso con los donantes fuera la concesión de becas a alumnos pobres que aspiran a ser marinos o constructores de navíos. Lo curioso fue que un crecido número de acaudalados jóvenes se inscribieron en las carreras mencionadas sin objetar el alto costo de la colegiatura. Uno de éstos, Pier Luigi Sansulpizio, heredero de potentados italianos, me trajo entre sus rubios cabellos, la **jettatura**. Su seráfico aspecto y su sonrisa me dejaron entrever de inmediato su filiación de alcurnia sodomítica. Presintiendo algo de ello, sus propios padres se opusieron a que siguiera la vocación sacerdotal. Mimado por la madre en exceso, Pier Luigi consintió en ser marino. Transigía con el padre, siempre y cuando que lo dejaran estudiar como alumno interno en el recién fundado colegio salesiano de Limón. El padre me encomendó al muchacho advirtiéndome que era propenso a desviaciones fatales y que tratara de encausarlo por el camino recto. Deseaba hacer del hijo todo un hombre. Nada de niñerías ni marrumancias. Precisaba tratarlo con la mayor severidad sin olvidar, desde luego, darle el trato que Pier Luigi había recibido en su propia casa, ya que era hijo único. Aunque el asunto me resultó asaz enojoso, no tuve más

remedio que dedicarme al chico que, desde entonces, se pegó a mi sotana como una rémora. De modo solapado, simulando no entender sus lecciones, solicitaba mi buena comprension y aun me rogaba ser paciente. Por medio de engaños de esa índole se ingeniaba para estar junto a mí. Como yo era asesor en el aspecto naval, tenía a mi cargo visitar, aun fuera de Limón, a las familias de los alumnos ricos. Ello me hizo alternar con cierta gente del mundo encopetado. Mamás y hermanas me recibían felices. Bellas muchachas y aun monjitas mariposeaban en torno a mí atraídas por mi jovial aspecto nazareno y por mis finos modales que, como me decían, era un gran símbolo de buena educación. Muy pronto me volví el preferido de todas las tertulias admitidas por las Damas Católicas. Propuse y llevé a cabo reformas sustanciales en Limón. No había acto donde no me invitaran. Debido a ese prestigio que adquirí por mis maneras afables, se le dio resonancia especial al bautizo de la primera nave construida por los alumnos del colegio. Hubo diversos brindis de champaña, de moscatel y aun del sabroso vino de consagrar. Con la mente anublada por el demonio dionisiaco, me dejé enternecer por lo mimoso que se mostró conmigo Pier Luigi cuando me acompañó hasta mi recámara. Dejé que me besara. Lo toqué o me tocó. Sería difícil precisar los detalles. Sin voluntad para ahuyentarlo, me eché en mi lecho y lo dejé succionarme, tras lo cual se marchó prudentemente. Desde ese día me atosigaba y tuve que amonestarlo. Lloró sin aparente motivo y estuvo triste y desganado por varios días. Una mañana yo contemplaba el puerto desde una balconada del colegio cuando alguien me hizo caricias en los lóbulos, sopló en mi nuca y me estrecho por la espalda de modo tan cordial que enseguida sentí su erectitud y la mía. ¡Paul Durgel! Condenado, ¿de dónde apareciste? Vengo de Roma. Concluí mis estudios. Como, además de ser un cura, soy experto en música coral, me envían a este colegio con las funciones de capellán y profesor de canto. ¿No te parece regio? Me agradó el entusiasmo de Paul Durgel. Me satisfizo enormemente volver a verlo y de inmediato iniciamos el difícil escogimiento de las voces para formar el coro. Paul Durgel prefirió a los alumnos de raza negra, no por ser los que más abundaban en el colegio, o sea los pobres becarios de Limón, sino porque él aseveraba que las mejores voces para grupos corales eran los que tenían los de su estirpe. Sentíase en órbita y hasta casi estallaba del júbilo, pues lo que, poco a poco, fue forjando en Limón sería lo que deseaba crear en Haití. Sólo quiso en el Coro a un joven blanco como solista: Pier Luigi Sansulpizio. No lo aceptó sencillamente por la voz bien timbrada del chiquillo sino porque, al cantar la antífona, Paúl captó las ansias mórbidas de Pier Luigi y ambos, de mutuo acuerdo, se habían entrelazado en escondida coyunda. Le di gracias al

cielo y a la Virgen Santísima. Ella nunca me había desamparado. La llegada de Paul dignificó el prestigio del colegio. Uní mi voz al Coro con sumo agrado, pues sus primeros triunfos en Limón me hechizaron haciéndome intuir que en el futuro la fama del colegio no sólo giraría en torno a las naves sino de modo potencial sobre el Coro. Sentí júbilo y al mismo tiempo envidia. Yo había cedido mi fortuna ilusionado con la idea de una escuela cuya notoriedad consistiría en la adecuada formación de marinos y ensamblaje de estupendos navíos y, sin ambages, debía aceptar mi gran derrota. La popularidad que fue adquiriendo el grupo coral de Paul fue aniquilándose, nulificándose, cosificándose a tal extremo que el Padre Director del colegio, tal vez celoso por mi anterior celebridad, solía zaherirme lanzándome, al pasar, pullas irónicas disfrazadas de bromas. Casi al cumplirse el año de haber llegado Paul, el Coro había adquirido tal resonancia que fue invitado a presentarse en el Teatro Nacional de San José. Pier Luigi Sansulpizio seguía siendo solista y daba gusto escuchar su voz angélica. El sábado siguiente bien temprano, conmigo y Paul Durgel, los muchachos abordaron el tren. Habíamos convenido que el Coro cantaría a prima noche, y enseguida regresaríamos a Limón; pero triunfamos de modo tan rotundo que el domingo creímos necesario dar dos nuevas funciones, por la tarde y la noche. Después del éxito obtenido, la municipalidad nos hizo un agasajo en el mismo Teatro Nacional. Paul Durgel se sentía tan eufórico que, aparte de los tragos brindados en la fiesta, se compró una botella y, en el tren, por la noche, de regreso a Limón, siguió bebiendo. Como él era prudente, procuraba que los muchachos no lo vieran, disimulaba el hecho pretextando ir al baño o a echarse un vaso de agua. Yo había tenido una alterada disputa con Durgel el sábado pues, antes de iniciar el concierto, al ver el público que llenaba la sala sentí cierto temor de cantar en el Coro mezclado con los adolescentes, sobre todo, por mi severo aspecto nazareno. Paul Durgel se sintió muy contrariado asegurándose que mi voz le era infinitamente indispensable en el coro. Con todo y eso, permanecí impassible y él se manifestó muy ofendido. Yo había notado que, en la estación, poco antes de que abordáramos el tren, Pier Luigi se le había aproximado y él de súbito se lo zafó de encima groseramente. Al ver que yo había visto la escena, el chiquillo me miró de mal modo. Ya en el tren, procuré vigilar a Durgel para evitar que hiciera alguna peripecia desagradable. Por eso no lo perdía de vista. Los muchachos del Coro se habían dormido casi todos. No sé si fue uno de ellos o un pasajero quien anunció que ya faltaba muy poco trecho para llegar al precipicio del río Reventazón. Recordé que en el viaje, de día, hacia San José, los chicos,

casi en tropel, habían querido mirar el horrísono y profundo despeñadero. Alguien contó que la corriente del río en ciertas épocas del año era tan impetuosa, que había causado grandes derrumbes y un famoso descarrilamiento del tren donde murieron muchas personas inocentes. Recordé asimismo que Durgel había dicho que los abismos lo atraían. Traté de prevenirlo y con ese propósito me le acerqué. Parece que él malinterpretó mis sentimientos y, con toda intención, fue aproximándose a una de las salidas del tren. ¿Querría empujarme al precipicio? Comenzó a lamentarse de la mala jugada, casi insidiosa, que yo le había tendido en el Teatro. Me dijo que estaba fastidiado de Pier Luigi y que era a mí a quien amaba, que era tan fuerte el sentimiento que lo embargaba por mi desprecio que prefería la muerte. En ese instante (yo le pedía a la Virgen que me salvara del ángel de Sodoma) Paul, jumadísimo, amagaba con echarse al abismo si no aceptaba complacerme con él. Pensé que su amenaza sólo era un nuevo alarde de hacer bromas o tal vez un capricho de fingir heroísmo frente a mí. Yo, que seguía rogándole a la Virgen para que me librara del escándalo, trataba de agarrarlo inútilmente. No sé lo que ocurrió pero lo cierto es que a lo mejor la fuerza del viento sobre el despeñadero dio tan violento impulso a nuestros cuerpos que, sin quererlo, di un empujón a Paul Durgel haciéndolo perder el equilibrio y caer de cuajo al precipicio lanzando un grito de terror. Un natural impulso humanitario me hizo asomarme hacia el abismo pero la obscuridad de la noche sólo dejaba ver una insondable muralla de silencio. Varios chicos se me acercaron asustados. Querían saber qué había ocurrido. Les repetí lo que precisamente el día anterior habíamos escuchado de labios de una pasajera quien decía que a veces cuando los trenes pasan el abismo del río Reventazón se oyen los gritos lúgubres de los muertos. Al llegar a Limón se dieron cuenta de que faltaba Paul Durgel. Ellos sabían que había bebido bastante puesto que se notaba a leguas la maciza embriaguez que lo azotaba. Al día siguiente se halló el cadáver de Durgel destrozado. Rogué por él, lloré por él. Lo amaba. Me pasaba las noches sin dormir azarado por los remordimientos. Necesitaba confesar mi pecado, mas ¿cómo hacerlo sin explicar que fui testigo del accidente y, al silenciarlo, me hice cómplice de él? Pier Luigi me asediaba. Quería tal vez sentirse compadecido y aun llorar la nostalgia del ser ausente. A falta de él, deseaba congraciarse conmigo. Íntimamente yo estaba condolido como él, pero odiaba a Pier Luigi, pues descargaba mi conciencia culpándolo de la desgracia. Me vi obligado a desecharlo apartándolo de mí groseramente. Fastidiado de su insistencia en manosearme, no tuve mas remedio que citarlo ante el Padre Director y acusarlo de sodomía. El